

# **El modo de representar originario y la afectividad: Merleau-Ponty, Freud y Aulagnier.**

Ferme, Federico.

Cita:

Ferme, Federico (2012). *El modo de representar originario y la afectividad: Merleau-Ponty, Freud y Aulagnier*. IV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XIX Jornadas de Investigación VIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-072/20>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/emcu/xXX>

# APLICACIÓN DE UN CUESTIONARIO PARA DOCENTES SOBRE PERCEPCIONES Y OPINIONES ACERCA DEL CLIMA ESCOLAR Y LA VIOLENCIA ENTRE ALUMNOS. RESULTADOS PRELIMINARES

Ferre, Federico

CONICET - UBACYT - IIP

---

## Resumen

Lo que se propone para este trabajo es realizar una aproximación a la afectividad y a los afectos primarios que contemple la posibilidad de la existencia de una dimensión significativa propia, de tal manera que pueda llegar a considerárselos como los modos originarios de «representarse» el mundo. Para ello se iniciará un abordaje a partir de aportes provenientes de la fenomenología de Merleau-Ponty, en particular los que permiten vincular al sentido con la expresión y el comportamiento del cuerpo, y su puesta en relación con algunas concepciones de Freud respecto de los afectos y el sentido, puntualmente los que pueden desprenderse de su artículo «La negación» de 1925, en conjunto con los desarrollos de Piera Aulagnier acerca del «pictograma» como actividad representativa de lo «originario».

## Palabras Clave

Representación, Afectividad, Subjetividad

## Abstract

ORIGINARY REPRESENTATION AND AFFECTIVITY: MERLEAU-PONTY, FREUD AND AULAGNIER

This paper aims to make an approximation to the affectivity and the primary affects which enables the possibility of the existence of a significant dimension in such a way as to consider them as part of the originary modes of the “representation” of the world. To accomplish this, we will initiate our journey with the contributions of, on the one hand, Merleau-Ponty’s phenomenology, particularly those that allow us to relate the meaning with the expression and the behaviour of the body. On the other hand, we will relate those contributions with Freud’s ideas linked to the affects and meaning, in particular those that can be found in his article “The Negation” of 1925, and to the notion of Piera Aulagnier’s pictogram as a representative activity of the “originary”.

## Key Words

Representation, Affectivity, Subjectivity

## Introducción

Este trabajo forma parte de una indagación general del lugar de los afectos y la afectividad en la constitución de la subjetividad y de

las prácticas y de los procesos que operan en su transformación o conservación. Los análisis que han tomado a los afectos como objeto de investigación suelen caracterizarlos como pertenecientes al orden corporal en oposición a una dimensión representacional intelectual en la que se alojaría la capacidad de constitución del sentido subjetivo. Esta distinción, que recrea la dualidad alma-cuerpo que atarviera el pensamiento occidental, se halla bien presente en la teoría psicoanalítica freudiana. En primer lugar en el Proyecto de psicología de 1895, en donde se buscaban establecer las condiciones del pasaje de un orden fisiológico y cuantitativo al orden cualitativo y psíquico de la representación y del sentido. El mismo problema reaparece en los trabajos de metapsicología como problema entre lo somático y lo psíquico a través de la noción de pulsión. Asimismo se encuentra en la distinción entre representaciones y afectos; desde los Estudios sobre la histeria a propósito de la idea de unos «montos de afecto» —con todas las propiedades de la cantidad— que acompañan a las representaciones psíquicas.

Lo que se propone para este trabajo es realizar una aproximación a la afectividad y a los afectos primarios que contemple la posibilidad de la existencia de una dimensión significativa propia, de tal manera que pueda llegar a considerárselos como los modos originarios de «representarse» el mundo. Para ello se iniciará un abordaje a partir de aportes provenientes de la fenomenología de Merleau-Ponty, en particular los que permiten vincular al sentido con la expresión y el comportamiento del cuerpo, y su puesta en relación con algunas concepciones de Freud respecto de los afectos y el sentido, puntualmente los que pueden desprenderse de su artículo «La negación» de 1925, en conjunto con los desarrollos de Piera Aulagnier acerca del «pictograma» como actividad representativa de lo «originario».

## El sentido y la expresión del cuerpo

El hecho de abordar la noción de representación (*Vorstellung*) como la única dimensión del proceso de producción de sentido es en efecto una operación reduccionista en distintos aspectos. Se corre el riesgo de dejarla circunscripta al único terreno de la conciencia o como un fenómeno exclusivo del pensamiento —aunque el psicoanálisis ha integrado a este marco también el carácter inconsciente de la representación—. En cualquier caso, siempre se trataría de un contenido de la vida anímica, de la psique, y se estaría excluyendo de esta capacidad de generar sentido a otros órdenes como por ejemplo al cuerpo y a una posible dimensión significativa propia.

En esta dirección cabe destacar la importancia de la fenomenología de Merleau-Ponty y el lugar protagónico que le da al cuerpo propio como instituyente de un sentido pre-reflexivo y ante-judicativo sin el cual no habría cogito posible. El mundo de la vida está constituido por órdenes de sentido anteriores al pensamiento y la reflexión que se vuelven soporte de la actividad pensante al ser puestos como objeto de intelección. Merleau-Ponty retoma las investigaciones de Husserl respecto de la constitución de la objetividad y del cuerpo de las vivencias (Leib), distinto del cuerpo entendido como organismo (Körper). Debajo o por detrás de la síntesis categorial del entendimiento, como actividad constituyente del objeto, puede encontrarse una «síntesis pasiva» como forma originaria de institución del mundo. Lo que esta perspectiva sostiene es la existencia de un mundo de sentido antes de la intervención de la actividad del entendimiento. El complejo problema de la relación entre alma y cuerpo pasa a ser entonces relativo al pasaje de un orden de sentido a otro. La facultad intelectual del alma y el pensamiento discursivo determinan objetos, su sentido, a través de la actividad judicativa, en cambio el sentido corporal es de carácter anterior e independiente de la representación intelectual y es fundamentalmente estético y afectivo; a su vez pone en evidencia como un terreno a indagar la posibilidad concreta de un modo de «representar» diferente al del pensamiento o de la representación clásica entendida como *Vorstellung*, que debería ser considerado como posibilidad al interior de la teoría psicoanalítica y de su metapsicología.

El planteo de Merleau-Ponty y de su fenomenología también permite advertir otro posible reduccionismo en el análisis de la representación en el caso de que se la tome como la única dimensión en el proceso de génesis del sentido. Considerar el problema de este modo podría conducir a pensar el sentido desde una perspectiva que coquetea con el idealismo. Para una posición como ésta la significación podría tener existencia más allá de cualquier encarnación material. Su carácter abstracto abriría la posibilidad, como su contraparte, de la existencia de una materialidad sin significación, sin forma. El primer caso es un eco del pensamiento platónico para quien las «ideas» subsisten por sí mismas separadas de toda materia. Respecto a esto Aristóteles planteaba críticamente que aún cuando la materia es incognoscible ésta es inseparable de la forma y por lo tanto las cosas son un compuesto de ambas sustancias. En las operaciones de separación y abstracción lo que se produciría es el cambio de una materialidad, la de la cosa, por una encarnación de tipo discursivo en el pensamiento y por consiguiente también en el lenguaje. El mismo dualismo reaparece en diferentes teorías del lenguaje o semióticas como aquel que constituye la unidad del signo, ya sea que aparezca como relación entre un significado ideal y un significante material, o según Hjelmslev, entre un plano del contenido y otro de la expresión. En un artículo dedicado al marxismo, Merleau-Ponty se ocupa en pensar el modo en que economía e ideología están ligadas interiormente en la historia y las compara con el vínculo que hay entre materia y forma en la obra de arte. Allí sostiene que el sentido de un cuadro o de un poema no es separable de la materialidad de los colores y de las palabras, no es creado ni comprendido a partir de la idea[i]. Esta misma crítica a la separación entre forma y contenido ya se explicita en el «Prólogo» de su *Fenomenología de la percepción* (1957) en donde plantea que la fenomenología es una filosofía que vuelve a colocar las esencias en la existencia. Con otros términos el mismo problema reaparece en su discusión a propósito de la distinción señalada por la psicología clásica entre los hechos psíquicos interiores, sometidos a introspección y los signos corporales exteriores y observables; la discusión es en

definitiva acerca de la distinción entre significación y expresión, entre pensamiento y palabra, entre sentido y comportamiento.

Esta posición de la fenomenología ha abierto una serie de debates con el psicoanálisis, algunos de ellos retomados por Pontalis en un texto dedicado al problema del inconsciente en Merleau-Ponty[iii], pero a su vez conduce a algunos interrogantes respecto de lo que es el sentido. Uno podría preguntarse si es posible abordar fenómenos como el amor, el odio o la vergüenza como hechos interiores y por lo tanto dados a un solo sujeto que las padece y como único capaz de dar testimonio de ellos. Tal ha sido la postura de la Psicología Clásica del siglo XIX, heredera de la filosofía cartesiana y del empirismo inglés, abiertamente criticada por Merleau-Ponty. En cierta manera mucha agua ha corrido debajo del puente desde los trabajos de la Psicología Clásica. Sin embargo, la problemática, las preguntas y críticas que se desprenden de ella siguen siendo legítimas. Respecto del amor, el odio o la vergüenza cabe preguntarse si no son acaso comportamientos o conductas ya exteriores y visibles para todos. ¿No podría pensarse que el sentido de esos comportamientos tiene una existencia necesariamente encarnada? Por lo tanto cabe pensar si no debería rechazarse la idea de que las conductas son signos exteriores que como unas envolturas neutras traducen un sentido ya determinado interiormente, pero sin agregarle ni quitarle nada. ¿El sentido del enojo o del fastidio puede tener una existencia separada y como por detrás de los gestos de enojo —el puñetazo contra la mesa —o del sentimiento de fastidio?, ¿hay entre sentido y expresión una relación de exterioridad como si se tratase de órdenes absolutamente ajenos uno de otro? Así como no hay pensamiento sin palabra, ya que el pensamiento constituido no tiene existencia por fuera de algún mecanismo de expresión —nadie disputará sostenía Merleau-Ponty que la operación expresiva realiza o efectúa la significación y no se limita sólo a traducirla[iii]— del mismo modo sucede con los comportamientos del cuerpo y sus gestos. La expresión en cualquiera de sus posibilidades no está en el lugar del sentido como el signo lo hace con la cosa; no lo «representa», no es su delegado, más bien es la condición de su presencia en el mundo. El comportamiento enojoso no es la representación de un sentido —el del enojo— cuya existencia es independiente e indiferente de él. El insulto o el gesto amenazante del puño cerrado con el que alguien se dirige a otra persona no representan un estado interior ya formulado, no son el espectáculo exterior de un sentimiento interior, son ellos mismos el modo de existencia de ese sentido. Ni siquiera en una representación teatral somos testigos de signos que remiten a una significación cuya existencia se encuentra en el texto escrito de la obra. Los actores encarnan las significaciones dándoles vida a los personajes. De este modo, la expresión es la presentación del sentido tanto para los otros como para uno mismo, lo trae a presencia, lo hace aparecer. Los comportamientos en general, los sentimientos y las pasiones, son también modos concretos, y por cierto originales y originarios, de constitución del sentido. Su relación con el sentido instituido por el pensamiento, cuya materialidad es discursiva, restablece la problemática relación entre cuerpo y alma.

Ya Aristóteles había planteado que al igual que las cosas el hombre es un compuesto (synolon) de forma y materia. Al referirse puntualmente a las pasiones en *De Anima* afirmaba que «el alma no hace ni padece nada sin el cuerpo, por ejemplo encolerizarse, envalentonarse, apetecer, sentir en general»[iv]. Y si bien el entender parecería una facultad exclusiva de aquella, ésta no podría tener lugar sin el cuerpo. Más adelante puede leerse lo siguiente: «del mismo modo parece que las afecciones del alma se dan con el cuerpo: va-lor, dulzura, miedo,

compasión, osadía, así como la alegría, el amor y el odio. El cuerpo desde luego, resulta afectado conjuntamente en todos los casos»[v]. En virtud de esto es que para Aristóteles las afecciones o pasiones son «formas inherentes a la materia» o como ha traducido Castoriadis en ocasión de un comentario sobre este fragmento: «discursos en la materia», es decir, sentido encarnado o significaciones vivientes[vi]. Por un lado habrá que decir que no parece haber significación sin la participación de un cuerpo —«el encolerizarse es un movimiento del cuerpo o de tal parte o potencia producido por tal causa con tal fin»[vii], y que por otro lado, las pasiones son la expresión y a la vez constitución corporal del sentido. Su autonomía respecto del pensamiento es algo trabajado principalmente por la fenomenología. Pero ya en Aristóteles el cuerpo parecería tener un lugar privilegiado en el orden afectivo o de las pasiones.

En términos más próximos al psicoanálisis podría decirse que este «sentido encarnado» es el flujo de representaciones, no en estado puro, sino acompañado por afectos e intenciones. Los intentos de formalización y depuración del sentido y su reducción a la órbita exclusiva del significante y la matematización del aparato psíquico manifiestan —como lo ha repetido André Green en diversas ocasiones— la intención de toda una época al interior del psicoanálisis de prescindir de la vida afectiva e incluso de toda traba corporal. Pero es innegable que hay una valoración y afectación de las representaciones que orientan la vida anímica en general. El afecto en su relación con la representación expresa a su vez el compromiso subjetivo del individuo con sus contenidos psíquicos inmanentes. Tanto en los casos en que las investiduras son rígidas y aparentemente inmutables como en los que las representaciones se rechazan o son más o menos indiferentes, siempre y en cualquier caso se trata de «significaciones encarnadas» en la vida subjetiva.

### **Los afectos primarios en Freud: el «pictograma» y la noción de «comportamiento»**

En la obra de Freud la condición y lugar del los afectos es cuanto menos ambigua. De acuerdo a los requerimientos de la teoría oscila entre una perspectiva energética, económica y fisicalista y otra fenomenológica, si se quiere, ligada a la vivencia y a los sentimientos placenteros o displacenteros. En *La represión* (1915) Freud produce una modificación a lo que venía planteando como relación entre la pulsión y su delegado-representacional en la psique. Según indica, la observación clínica lo había constreñido a «descomponer» lo que hasta ese momento consideraba como unitario: «junto a la representación (*Vorstellung*) interviene algo diverso, algo que representa (*räpresentieren*) a la pulsión y que puede experimentar un destino de represión totalmente diferente al de la representación»[viii]. Para ese otro elemento de la agencia representante psíquica, agrega Freud, «ha adquirido carta de ciudadanía el nombre de monto de afecto»[ix]. Más tarde en *Lo inconciente* (1915) vuelve a mencionar este tema y agrega: «si la pulsión no se adhiriera a una representación ni saliera a la luz como un estado afectivo, nada podríamos saber de ella»[x]. A pesar de las aparentes similitudes entre ambas definiciones, lo cierto es que se presentan dos perspectivas diferentes no fácilmente conciliables. La primera de ellas sigue el modelo propuesto en «Las neuropsicosis de defensa» (1894) en donde Freud equipara el «monto de afecto» con «la suma de excitación» al que le asigna «todas las propiedades de la cantidad»[xi]. Por el contrario, en la definición extraída de «Lo inconciente» se trata de un «estado afectivo» y en consecuencia de un orden cualitativo y no energético. Estas diferencias tal vez deban pensarse como distintos modos de abordar

el problema de los afectos, uno dinámico y el otro económico. Freud define a los afectos en un sentido dinámico en la «25ª Conferencia de introducción al psicoanálisis». Según afirma: «un afecto incluye (...) determinadas intervenciones motrices o descargas; en segundo lugar, ciertas sensaciones, que son, además, de dos clases: las percepciones de las acciones motrices ocurridas, y las sensaciones directas de placer y displacer que prestan al afecto, como se dice, su tono dominante»[xii].

Respecto a esto, André Green destaca la dificultad para deslindar cuerpo y afecto. Evidentemente este es un rasgo incuestionable si se piensa en el conjunto de las emociones o sentimientos, en las posibilidades de precipitar acciones o comportamientos o incluso en todos los mecanismos propios de la somatización. Por otro lado, y tal vez más importante, Green resalta la función significativa de los afectos. Claro que ésta no tiene las mismas posibilidades combinatorias que las representaciones. Sin embargo, él señala un aspecto sobre el que habría que indagar con mayor profundidad. En general lo ha mencionado en diversas ocasiones, desde la publicación del *Discurso vivo* en el '73 hasta *Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo* de 2005. El aporte es de importancia capital a la hora de avanzar en la consideración del carácter significativo de los afectos. Green plantea que la organización afectiva está dominada por una «simbolización primaria», cuya operatoria se desprende de modo inmediato del principio de placer, en tanto que principio fundamental que regula la vida anímica. En esta dirección también Jean Laplanche ha afirmado que el afecto es una estructura significativa, en tanto que «conjunto organizado de descargas motoras que se añaden a cierta sensación de placer y displacer»[xiii]. En ese sentido preciso los afectos orientan la acción y la polarizan.

Al describir los «juicios de atribución» como antecesores de los «juicios de existencia y realidad» en «La negación» (1925), Freud señala un modo primero u originario en el que el yo-placer se relaciona con el mundo. Es importante señalar que no se trata de una relación más o menos «clara y distinta» con un mundo «en sí» y de carácter absolutamente objetivo. Es más bien en esa relación en donde se constituye como un mundo de sentido que se abre a alguien. Parafraseando a Merleau-Ponty habría que decir que no es la cosa la que nos es dada sino la experiencia que tenemos de ella: «interiormente la reasumimos, la reconstruimos y la vivimos, en tanto se enlaza a un mundo cuyas estructuras fundamentales tenemos en nosotros y del que es una de sus concreciones posibles»[xiv]. Su constitución como orden de sentido no puede ser objetiva ni mucho menos transparente ya que depende de unas estructuras subjetivas que variarán o se superpondrán con el tiempo y cuyos productos diferirían notablemente entre sí. Los criterios de organización del mundo según la estructura originaria del yo-placer son exclusivamente los del principio del placer-displacer, encarnados en los «juicios primarios de atribución» que se expresan según Freud en el lenguaje de las más antiguas mociones pulsionales, las pulsiones orales; esto es: «quiero comer esto o quiero escupir esto»[xv]. Dicho de otro modo, como de hecho puede leerse en «Pulsiones y destinos de pulsión», el yo-placer originario quiere introyectarse todo lo bueno, según la expresión de Ferenzci, y expeler de sí todo lo que es causa de displacer. De esta manera, los «juicios primarios de atribución» se expresan a través de las únicas dos clases de comportamiento posibles en ese entonces —«atracción» y «repulsión»—, que a su vez son la encarnación de los afectos primarios del placer y el displacer. Freud deja en claro que esos juicios «deciden» sobre determinadas propiedades del mundo: lo bueno o malo, lo útil o dañino. Dichas

propiedades no son unas características objetivas e inherentes a un mundo también objetivo sino el resultado de una organización por parte de la subjetividad, que las constituye de manera inmediata a través de unos comportamientos o actitudes que son en sí mismos la expresión de aquellos «juicios».

En una dirección similar, desde el inicio de *La violencia de la interpretación* (1975) y en el marco de una indagación de los procesos de génesis del sentido, Piera Aulagnier se propone realizar un análisis de la «actividad de representación» como tarea específica del aparato psíquico. Caracterizándola como una función de «metabolización», esta actividad supone la absorción de elementos homogéneos a la estructura del individuo o su rechazo si son heterogéneos[xvi]. En el trabajo psíquico de representación el «elemento» ajeno y heterogéneo es absorbido y convertido en un elemento de naturaleza homogénea, es decir, en «información». Como hipótesis a defender parte de la idea de la existencia de tres procesos diferentes de «metabolización» del mundo que, una vez constituidos uno seguido del otro, no se superan sino que operan en simultáneo. Aulagnier llama «pictograma» al producto de la actividad representativa «originaria» de la relación entre sujeto y mundo. Más precisamente es la «puesta en forma» de una «situación de encuentro» entre una zona sensorial y un objeto excitante: la boca y el pecho, si se quiere utilizar el ejemplo paradigmático del psicoanálisis. Es importante señalar que el «pictograma» se apuntala, o más precisamente «toma prestado», según la expresión de Aulagnier, el modelo que constituye la relación entre cuerpo sensorial y mundo —entre un órgano sensorial y un objeto exterior— como modo originario de la representación. Ese modelo supone dos formas elementales de actividad. Estas son «tomar en sí» como la «puesta en forma» de lo placentero y «rechazar fuera de sí» como modo de «in-formar» lo displacentero.

La única representación posible para lo «originario» se da en los términos de la afectividad, por consiguiente, «incorporar» y «rechazar» son los únicos modos en que la psique se anoticia del mundo y de sí a la vez. En definitiva, el «pictograma» es la «metabolización» de toda vivencia afectiva, con la particularidad de que en el registro de lo originario «la representación de un afecto y el afecto de la representación son indisociables»[xvii]. Por un lado, el «pictograma» es la «puesta en forma» un afecto, siendo el afecto, para Aulagnier, no sólo lo que une la zona sensorial con el objeto excitante, sino también la representación de la relación entre el sujeto representante y sus experiencias con el mundo. Pero asimismo, y por una verdadera coalescencia con el orden corporal, el afecto es representado, es decir: «puesto en forma», simultáneamente por el cuerpo a través de las acciones de «atracción» o «rechazo» entre la zona comprometida y el objeto[xviii]. En consecuencia, el estado de imantación entre zona y objeto será la representación coextensa con toda vivencia de placer y el estado de rechazo o agresión de una parte por la otra, será coextensa con toda vivencia de displacer[xix]. Dichos comportamientos elementales son la manifestación de la afectividad como presentación inmediata de la relación originaria entre sujeto y mundo.

Esta relación de co-institución entre sujeto y mundo fue suficientemente abordada por Merleau-Ponty desde *La estructura del comportamiento* (1938). En ese trabajo planteaba cómo es que el comportamiento indica la posibilidad de la emergencia de un mundo como espacio habitado o trabajado, entendiéndolo esto último en su sentido más hegeliano; es decir, como actividad humana transformadora de la naturaleza física. Dedicado a analizar

la relación entre el organismo y su medio en los distintos estratos de lo viviente, rompe con la idea de que el comportamiento sea el efecto de un mundo físico, como una reacción ante unas propiedades físico-químicas del mundo. Más bien «situación y reacción se enlazan interiormente por su participación común en una estructura donde se expresa el modo de actividad propio del organismo»[xx]. Las relaciones entre individuo, en su sentido más amplio, y su medio son de carácter dialéctico. Así, «aptitud» y «medio» componen los dos polos de una «estructura de comportamiento» que se expresa por ciertas constantes de las conductas y en la manera en que cada organismo tiene la capacidad de fijar por sí mismo las condiciones de su equilibrio, de modificar el mundo físico y de hacer aparecer en él un medio a su imagen y de acuerdo a una norma interior a su actividad. La percepción animal se reduce a unos determinados conjuntos de estímulos prescritos por el instinto. Lo que no se corresponde con su estructura es simplemente dejado por fuera del campo sensorial del animal —«es la hierba en general la que atrae al herbívoro» decía Bergson en *Materia y Memoria*. La misma estructura se replica en el orden humano, aunque sin la necesidad de caer en una explicación basada en montajes instintuales. Merleau-Ponty utiliza la metáfora del jugador de fútbol para dar cuenta de la dialéctica entre medio y acción. El terreno de juego no le es dado sino que está presente como el término inmanente de sus intenciones prácticas; cada maniobra emprendida por él modifica el aspecto del terreno y tiende en él nuevas líneas de fuerza que modifican su fisonomía, siempre en función de sus proyectos prácticos[xxi]. Al referirse a la libertad en el capítulo dedicado a ella sobre el final de *Fenomenología de la percepción* vuelve sobre esta relación dialéctica al afirmar que es la libertad como proyecto la que despliega sus propios obstáculos. Una roca infranqueable, dice Merleau-Ponty, «una roca grande o pequeña, vertical u oblicua, tiene sentido sólo para quien se propone franquearla, para un sujeto cuyos proyectos deslindan estas determinaciones en la masa uniforme del en sí, y hacen surgir un mundo orientado, un sentido de las cosas»[xxii]. Siempre comprometido en un proyecto existencial, es entonces el comportamiento del cuerpo el que polariza el mundo; y a la vez el mundo como polo solicitante es el que le reclama a ese cuerpo, que dispone de unas capacidades motoras determinadas, un comportamiento, una respuesta práctica. Puede decirse que la posibilidad de percibir el sentido de los objetos depende entonces de la capacidad práctica del cuerpo, de su proyecto motor o comportamiento respecto del mundo.

Las afirmaciones de Freud en «La negación» y ciertamente lo desarrollado por Aulagnier acerca del «pictograma» pueden ser consideradas a partir de lo recién mencionado. Como ya se ha dicho, desde una perspectiva cercana a la fenomenología no puede considerarse a los afectos, por ejemplo la tristeza o el enojo, o particularmente el placer y displacer, sino estando ligados a las formas en que son expresados. A pesar de que placer y displacer puedan ser tratados en la teoría psicoanalítica como categorías abstractas, o según el caso desde una perspectiva energética o una dinámica, tienen manifestaciones fenoménicas. Aún cuando se los considere un quantum de energía o una magnitud descualificada, encuentran una expresión en procesos registrables para la sensación. Para tomar a Freud en «Inhibición, síntoma y angustia» (1925), el afecto sería la traducción de un fenómeno de descarga cuantitativa percibida somáticamente. Por lo tanto, la expresión de ese fenómeno de descarga es la cualificación de los afectos en las formas del amor, el odio, la repulsa, etc. No se trataría en rigor de una verdadera traducción, como cuando de una forma del lenguaje se pasa a otra equivalente en otro lenguaje, sino de su creación primera



como forma, siempre encarnada en algún tipo de materialidad. El amor o el odio, como expresiones de placer y displacer, no preexisten a su manifestación, y para utilizar una figura presentada por Pascal, no son sólo un «estado del alma» sino también un «estado del cuerpo». Existen en estos comportamientos o tipos de conducta y suponen como cualquier otra emoción una variación de las relaciones del sujeto con los demás y con el mundo[xxiii]. Así, en un primer momento la descarga afectiva de carácter placentero se expresaría en los comportamientos de «atracción» y el displacer en los de «repulsión». Siendo éstos los únicos comportamientos posibles para el yo-placer originario darían lugar a un mundo polarizado en dos conjuntos: lo atractivo y lo repulsivo. La afectividad a través de las tonalidades del placer y displacer sería el modo originario en que ese yo-placer se presenta el mundo y lo «pone en forma». La idea de los tres procesos coexistentes de «metabolización» del mundo como actividad representativa de la psique en Aulagnier, junto con los planteos de Merleau-Ponty respecto a la capacidad significativa del cuerpo, permiten iniciar un trabajo sobre las distintas formas de la representación de la subjetividad y los modos en que se comunican entre sí.

#### Notas:

- [i] Merleau-Ponty, M., "Acerca del marxismo", en *Sentido y sin sentido*, Península, Barcelona, 2000, p. 201
- [ii] J.B., Pontalis, "Planteamiento del problema del inconsciente en Merleau-Ponty" en *El inconsciente freudiano y el psicoanálisis francés contemporáneo*, Nueva Visión, Bs. As., 1976, p. 161
- [iii] Merleau-Ponty, M., *Feomenología de la percepción*, Fondo de Cultura Económico, México, 1957, p. 201
- [iv] Aristóteles, *De Anima*, Ed. Colihue, Bs. A., 2010
- [v] Ibid.
- [vi] Castoriadis, C., "Epilegómenos oara una teoría del alma", en *Psicoanálisis, proyecto y elucidación*, Nueva Visión, Bs. As., 1998, p. 82
- [vii] Aristóteles, *Op. Cit.*
- [viii] Freud, S., "La represión", O.C., Vol. XIV (1915), Amorrortu Editores, Bs. As., 2005, p. 147
- [ix] Ibid, p. 147.
- [x] Freud, S., "Lo inconciente", O. C., Vol XIV, Op. Cit., p. 173
- [xi] Freud, S., "Las neuropsicosis de defensa", O.C., Vol III (1893-99), Amorrortu Editores, Bs. As., 2005, p. 61
- [xii] Freud, S., "Conferencias de introducción al psicoanálisis". O.C., XV (1915), Amorrortu Editores, Bs. As., 2005.
- [xiii] Laplanche, *Problemáticas I. La angustia*, Amorrortu editores, Bs. As., 2000, p. 51.
- [xiv] Merleau-Ponty, M., *Fenomenología de la percepción*, Op. Cit.
- [xv] Freud, S., "La negación", O.C., Vol XIX, Op. Cit., p. 255
- [xvi] Aulagnier, P., *La violencia de la interpretación*, Amorrortu editores, Bs. As., 2001, p. 23.
- [xvii] Ibid. p. 41
- [xviii] Ibid., p. 68.
- [xix] Ibid., p. 60
- [xx] Merleau-Ponty, M., *La estructura del comportamiento*, Editorial Hachette, 1953p. 187
- [xxi] Ibid., p. 237
- [xxii] Merleau-Ponty, *Fenomenología de la percepción*, Op. Cit., p. 477
- [xxiii] Merleau-Ponty, M., *Sentido y sin sentido*, Op. Cit., p. 96

#### Bibliografía

-Aristóteles, *De Anima*, Ed. Colihue, Bs. As., 2010

- Aulagnier, P., *La violencia de la interpretación*, Amorrortu editores, Bs. As., 2001
- Castoriadis, C., "Epilegómenos para una teoría del alma", en *Psicoanálisis, proyecto y elucidación*, Nueva Visión, Bs. As., 1998
- Freud, S., "La represión", O.C., Vol. XIV, Amorrortu Editores, Bs. As., 2005,
- Freud, S., "Lo inconciente", O. C., Vol XIV, Amorrortu Editores, Bs. As., 2005,
- Freud, S., "Las neuropsicosis de defensa", O.C., Vol III, Amorrortu Editores, Bs. As., 2005
- Freud, S., "Conferencias de introducción al psicoanálisis". O.C., XV (1915), Amorrortu Editores, Bs. As., 2005.
- Freud, S., "La negación", O.C., Vol XIX, Amorrortu Editores, Bs. As., 2005
- J.B., Pontalis, "Planteamiento del problema del inconsciente en Merleau-Ponty" en *El inconsciente freudiano y el psicoanálisis francés contemporáneo*, Nueva Visión, Bs. As., 1976,
- Merleau-Ponty, M., *La estructura del comportamiento*, Editorial Hachette, Bs. As., 1953.
- Merleau-Ponty, M., *Feomenología de la percepción*, Fondo de Cultura Económico, México, 1957
- Merleau-Ponty, M., "Acerca del marxismo", en *Sentido y sin sentido*, Península, Barcelona, 2000
- Laplanche, *Problemáticas I. La angustia*, Amorrortu editores, Bs. As., 2000